

de las prodigiosas masas de las pirámides. Esos admirables colosos prueban que la influencia de los Babilonios era entonces muy considerable en la corte de los reyes de Egipto y en los templos de los dioses, porque esas primeras pirámides no están edificadas con piedra dura, como pudiera esperarse naturalmente en un estrecho valle donde abundan las rocas por una y otra parte, sino con ladrillos, exactamente como las torres graduadas de la Mesopotamia, donde la naturaleza del suelo hacía necesario el empleo de estos materiales. El origen babilónico de este género de edificios es incontestable y lo prueba el hecho de que la forma más antigua de la pirámide de Egipto, tal como todavía se conserva en Sakkarah, es la de un templo escalonado, como los observatorios de Caldea <sup>1</sup>.

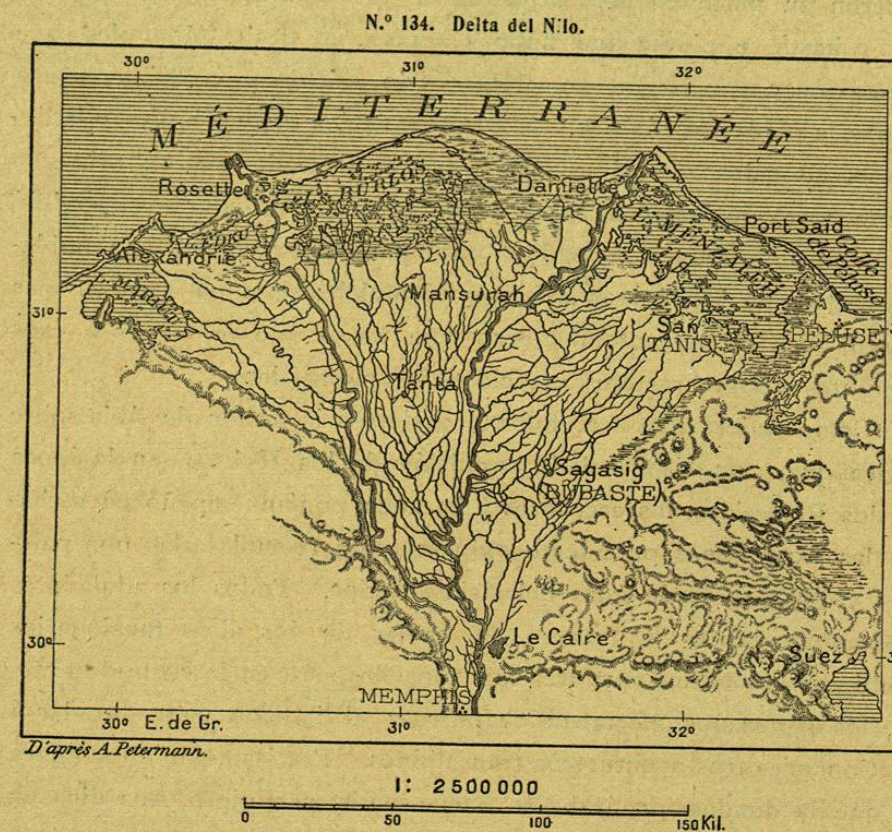
Otros indicios nos muestran cuánta influencia ejercieron los Sumerianos sobre las poblaciones de Egipto, visitando las riberas del Nilo 70 ó 80 siglos antes de nuestra generación: ellos fueron, dice Fr. Hommel, quienes adiestraron á los Egipcios en el trabajo de los metales y les enseñaron el cultivo de los cereales. Gran parte de las palabras egipcias del antiguo período son de raíz sumero-akkadia, y en las dos comarcas es idéntica la genealogía de las antiguas divinidades, hasta los nombres se confunden; la escritura cuneiforme de los Asirios penetró después hasta en los templos y las bibliotecas de Egipto, como lo atestiguan las tabletas halladas en Tell-el-Amarna, cerca de Minieh; en aquella época las corrientes cambiaban las correspondencias regulares de las riberas del Tigris á las del Nilo; para los reyes á lo menos, estaba ya creado el servicio postal.

Mas por grande que haya sido la influencia babilónica sobre la civilización de Egipto y sobre sus procedimientos científicos, los ribereños del Nilo no dejaban de conservar su originalidad. De ese modo la división sexagesimal de Caldea, que fué tan importante en el mundo de la ciencia y que es todavía la división más usual en geografía, no parece haber sido introducida en los métodos ordinarios de los agrimensores y de los calculadores egipcios. El «papi-rus de Londres», que data de unos treinta y ocho siglos, y la tabla de cálculo de Giseh, estudiada por Brugsch y considerada por él

<sup>1</sup> Fr. Hommel. — R. Von Ihering, *Les Indo-Européens avant de l'Histoire*, trad. O. de Meulenaere, p. 113.

como mucho más antigua, indican para las operaciones matemáticas otro multiplicador, 320, que contiene los factores 2 y 5, pero que no es divisible por 3 <sup>1</sup>.

El poder egipcio, cualquiera que fuese su origen, trató siempre de garantizarse de las incursiones violentas procedentes de Asia, y, en la vecindad de los lagos Amargos, mantuvo siempre una gran mura-



Compárese este mapa con el de la página 131 (N.º 130), para formase idea de las modificaciones que han producido dos mil años en el trazado de las costas y de las ramas del Nilo.

lla de defensa, que el rey Snefru, fundador de la cuarta dinastía, hizo elevar para contener los bandidos beduinos <sup>2</sup>. Sin embargo, algunas invasiones pasaron adelante; según Flinders Petrie, en la época de la 3.ª dinastía ó al principio de la 4.ª, vino de Asia por el istmo una raza que se sobrepuso á los trabajadores primitivos, veinticinco

<sup>1</sup> *Aus dem Morgenlande, Die älteste Rechenkunst*, ps. 35 y siguientes.

<sup>2</sup> Wiedmann, *Die Urzeit Ägyptens und seine älteste Bevölkerung*.



siglos quizá antes de la irrupción étnica que sometió á los Egipcios durante varias centenas de años á la dominación extranjera.

La invasión de los Hyksos, en la que se cree haber estado en mayoría los pastores árabes, renovó la influencia semítica, pero bajo una forma nueva muy diferente de la que había tenido la civilización de Caldea. Por lo demás, parece que elementos muy diversos tuvieron su parte en esta invasión de los conquistadores orientales, y hasta se piensa que hubo «Scitas», es decir, Mongoles, que penetraron como dueños en el territorio egipcio y contribuyeron á formar la población nilótica. Los bustos de los «reyes hyksos» hallados en las ruinas de Sãn, la antigua Tanis, se designaron primeramente como de facies semítica, y Mariette en particular los describió como tales, atribuyendo también una apariencia semítica á la población actual de las riberas del lago Menzaleh; pero un examen más atento, dice Piétremont, demostró que había que reconocer á esos diferentes tipos caracteres esencialmente mongólicos <sup>1</sup>.

Como quiera que sea, fué tan poderosa la acción de Asia sobre África que, aun después de la expulsión de los Hyksos, en la época de los Ramesidas, los escritores á la moda ponían empeño en rechazar las expresiones puramente egipcias para reemplazarlas por palabras y giros de las lenguas del Asia anterior. Todos los aduladores procuraban imitar la manera de hablar de los altos funcionarios semíticos <sup>2</sup>, lo mismo que tres mil años después, en la corte de Francia, los cortesanos afectaban chapurrear el italiano para agradar á los Concini, otros aventureros transalpinos. Precisamente en la época en que la dominación árabe se hacía sentir en Egipto, una dinastía de conquistadores «cananeos», que pertenecía probablemente á la misma corriente de invasión étnica, se había hecho dueña de Babilonia y en ella había introducido sus dioses <sup>3</sup>.

También vinieron unos extranjeros por mar: además de los Himiaritas, cuyas generaciones sucesivas se propagaron por los caminos de Etiopía, produjéronse emigraciones á través del mar Rojo, por la vía, antes frecuentada, que reúne el puerto de Kosseir á la

<sup>1</sup> *Revue d'Ethnographie*, t. III, 1884, ps. 369-385.

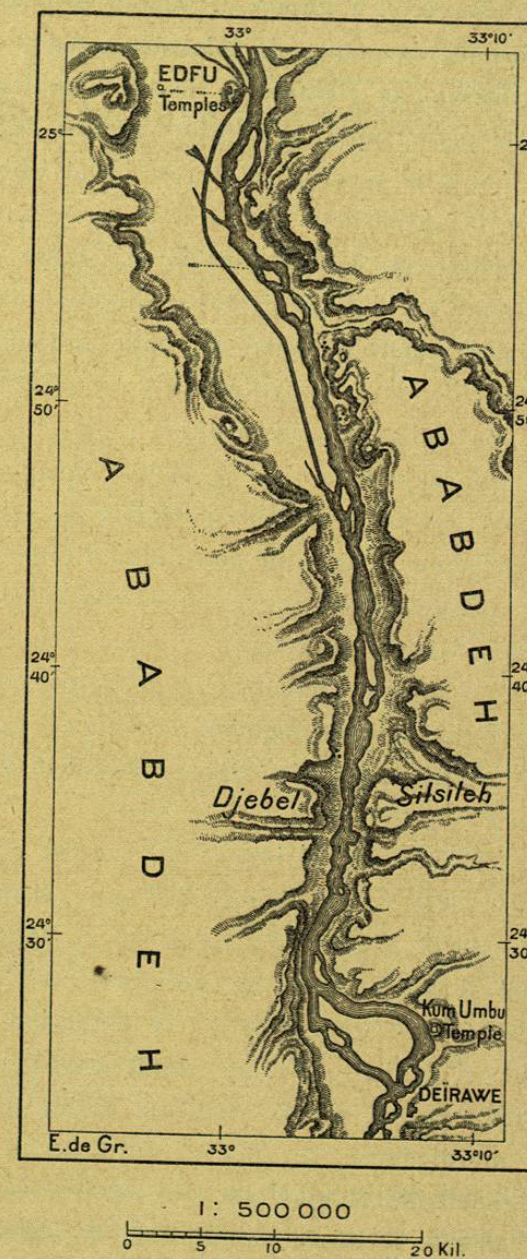
<sup>2</sup> Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, p. 61.

<sup>3</sup> Hugo Winkler, *Die Völker Vorderasiens*, ps. 12 y 13.

gran curva del Nilo. La historia menciona también colonias de Meditarráneos que se instalaron en el delta del Nilo, sin saberse positiva-

mente si venían de las costas de la Cirenaica, de Sicilia, de Italia, de Cerdeña ó de Creta. En todo caso llegó de Asia Menor. Las inscripciones egipcias mencionan los navegantes Kaftis, que dominaban en las islas del Mediterráneo y que vendían objetos de arte análogos á los que Schliemann encontró en las excavaciones de Micenas. No hay duda en que fueron Asiáticos y no Fenicios los que ejercieron la influencia posterior: quizá la sede de su poder estaba en Cilicia <sup>1</sup>. Los mercaderes extranjeros habían fundado ciertamente en el valle del Nilo comunidades prósperas, porque los Egipcios, que les desterraron del país hace treinta y un siglos, recogieron como botín cantidades de oro y plata, espadas, corazas y vasos preciosos <sup>2</sup>. Entre esos inmigrantes en Egipto, hubo miles y centenares de miles involuntarios, desgra-

N.º 135. Edfu y el Desfiladero de la Cadena.  
(Véase página 154)



<sup>1</sup> Max Müller, *Asien und Europa nach altägyptischen Denkmälern*.

<sup>2</sup> Flinders Petrie, *Contemporary Review*, Mayo 1897.



ciados cautivos negros, blancos y cobrizos, arrancados de todos los países y que se mezclaron en proporciones variables pero muy fuertes á la población residente.

Cuando se estableció el equilibrio entre las diversas razas que contribuyeron á formar el pueblo egipcio, éste se componía principalmente de gentes de color bronceado, que se llamaban «Rojos» y se distinguían claramente de los hombres de piel negra que vivían en la parte superior del río. En los orígenes de la historia escrita, el límite de separación atravesaba el valle del Nilo en la parte inferior del desfiladero de las Cadenas. En el punto en que se elevaba el templo de Teb, convertido más tarde en el Apollinopolis Magna, después en el Edfu de los modernos, allí, y no más arriba hacia la primera catarata, como se repite ordinariamente, se hacía la brusca transición entre los «Rojos» y los «Negros», entre Egipto y el país de los Nubas ó «Barbardus»<sup>1</sup>.

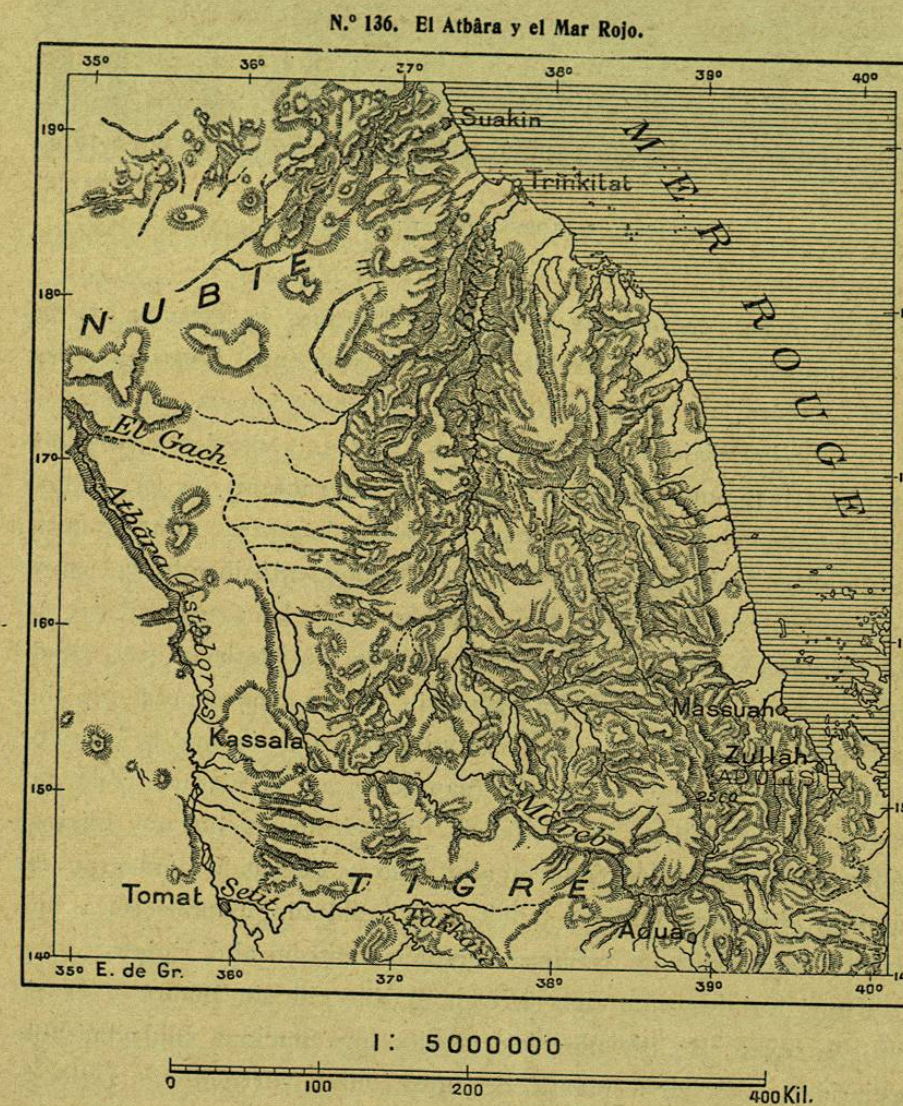
No hay duda que la nación, compuesta de elementos muy distintos por la procedencia, recibió su sello particular del medio tan esencialmente uno que constituye Egipto: la lámina de agua sinuosa y resplandeciente regía con su continuada corriente la vida del ribeño, dándole su religión y sus costumbres al mismo tiempo que su pan. Herodoto ha dicho que Egipto era «un presente del Nilo», los Egipcios eran también obra suya. Los aluviones se volvían plantas y las espigas de trigo se trocaban en hombres.

El Nilo se distingue por rasgos completamente característicos, haciéndole una individualidad muy distinta entre todos los grandes ríos de la Tierra. Primeramente se desarrolla en dirección lineal del Sud al Norte, como un meridiano visible, y sobre sus riberas, muchas tribus, ignorantes de la extensión del mundo, pudieron creer que el conjunto de las tierras estaba exactamente dividida en dos partes por el río, la serpiente mítica arrollada alrededor del globo y mordiéndose la cola<sup>2</sup>. Otro hecho de los más notables en el régimen hidrológico del río consiste en que su ramificación ocupa solamente la mitad superior de la cuenca. En Khartum se reunen

<sup>1</sup> H. Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, p. 83.

<sup>2</sup> Felkin, *Uganda and the Egyptian Sudan*, vol. I.

las dos grandes corrientes que constituyen el Nilo: el «Río Blanco», procedente de los lagos del África central, y el «Río Azul», del lago Tana y de los impetuosos torrentes de los montes etiópicos. Allí, durante una parte del año, cesan las afluencias del agua, y



ordinariamente disminuye el caudal del Nilo en la parte inferior del confluente en dirección del mar, distante 2700 kilómetros hacia el Norte. Es posible, no obstante, que haya manantiales profundos, que, saliendo de las rocas laterales, sostengan en el inmenso curso





Cl. Al. Vista.

PALMERAL EN TIEMPO DE CRECIDA DEL NILO

fluvial la masa decreciente del agua. Durante la estación de las lluvias, un afluente considerable hincha el Nilo entre Khartum y Berber, el Atbâra, el antiguo Astaboras, alternativamente río seco en cuyo cauce los viajeros extienden sus tiendas, y corriente soberbia, mar repentinamente aparecida. Ese río intermitente es el «Nilo» que los Etiopes se vanagloriaron con razón de poder variar su curso hacia el mar Rojo para privar á los campos egipcios de sus aguas bienhechoras: en efecto, les sería posible dirigir las aguas salvajes del alto Takkaze y del Máreb á una depresión del desierto por donde corre el río de Barka. Esta jactancia de los montañeses no fué jamás sino vana palabra, pero fué tomada en serio por la leyenda, y hubo veces en que se le vió reaparecer en la historia como en vísperas de cambiarse en realidad. Lo cierto es que el juicioso empleo de las aguas de todo el alto Nilo y de sus afluentes en las campiñas ribereñas hubiera tenido por resultado empobrecer y aun suprimir las crecidas y arruinar completamente el alto Egipto<sup>1</sup>.

Entre los dos ríos que forman el Nilo, el río Blanco y el río Azul, se opera una división del trabajo, que funciona con admirable regularidad. El curso mayor de agua, cuya corriente se extiende por los grandes lagos ecuatoriales y por pantanos obstruidos por islas flotantes, forma el caudal constante que se mantiene en toda estación, hasta en las largas sequías, merced á la escalera de rápi-

<sup>1</sup> Scott Moncrieff, *Royal Institution*.

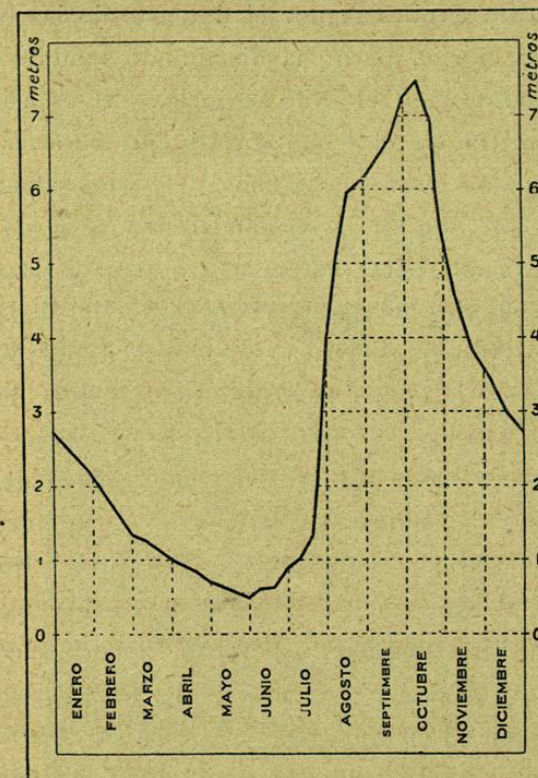
dos y de «cataratas» que rige el movimiento de la corriente y transforma el Nilo en un verdadero canal con esclusas escalonadas. En cuanto al Nilo Azul, notablemente menor en tiempo de sequía que el río Blanco, arrastra durante la estación de las lluvias una masa líquida mucho más considerable: en gran avenida

representa una corriente dos veces mayor que el término medio del bajo Nilo en sus desembocaduras: es el excedente de las lluvias etiópicas por el Nilo Azul que se vierte en la Nubia y en Egipto, gracias al cual ha podido desarrollarse la maravillosa agricultura del bajo valle. Á la primera y grande avenida fluvial causada por el Nilo Azul, el Atbâra añade una segunda, formando, según el lenguaje de los ribereños, un «cuerno» en el perfil regular de la inundación. En virtud del contraste que

presentan los ríos en su régimen y en sus efectos, se ha podido decir que el río Blanco ó Bahr-el-Abiad «hace el Nilo», mientras que el Bahr-el-Azrak y el Atbâra «hacen el Egipto» mismo.

El aspecto del suelo, lo mismo que las tradiciones locales atestiguan crecidas mucho más elevadas en los tiempos antiguos. Las cataratas eran más altas y las masas líquidas retenidas por las empalizadas alcanzaban mayor altura en los valles. Hasta hay inscripciones que recuerdan el antiguo estado de cosas: en Semneh, en la parte superior de la segunda catarata, Lepsius ha encontrado señales grabadas que datan de Amenemhat III — hace cuarenta y siete siglos —

N.º 137. Buena crecida del Nilo.





y dan para esta época un nivel de crecida ocho metros superior al de nuestros días<sup>1</sup>. Capas de limo nilótico ocupan en la base de la roca los fondos que quedan al presente á una gran distancia de la orilla de la inundación y se notan también en muchos sitios huellas de cultivos que sería imposible restaurar en el día.

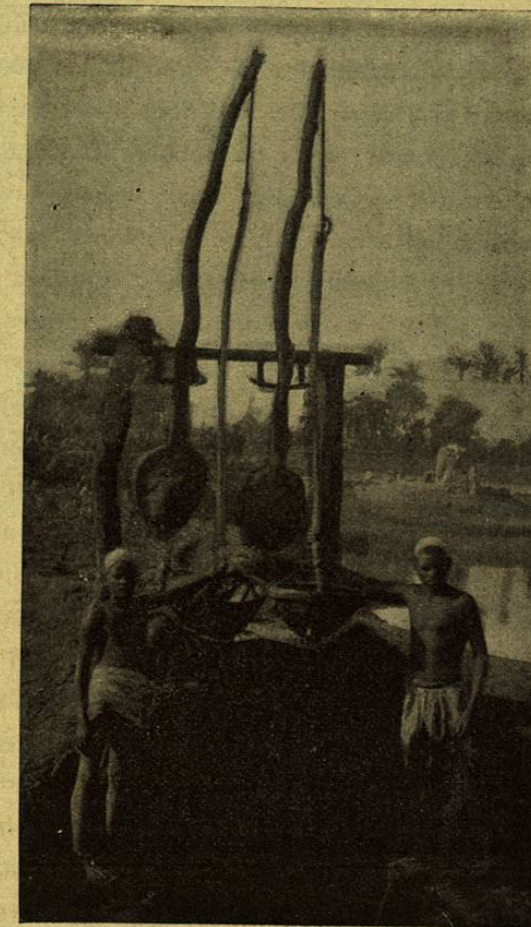
El descenso de las crecidas en la parte superior de las cataratas puede explicarse por el desgaste de las barreras de rocas que detienen el río; pero ¿ha disminuído también en la parte inferior de las cataratas en el Nilo egipcio? Si es así, la masa líquida que se arrastra en el lecho fluvial era entonces más abundante, y en ese caso los diques ribereños del Nilo habrían de ser más elevados que lo que son en la actualidad, en que los diques se construyen con elevación para sostener una crecida de ocho metros lo más en la parte superior de la «horquilla» del delta; en tanto que la estatua del Nilo que existe en el museo del Vaticano y que Vespasiano dedicó á César Augusto, está rodeado de dieciséis niños que ostentan cuernos de abundancia, y se supone que representan los «dieciséis codos» que corresponden á una gran avenida: dieciséis codos egipcios equivalen á 7 metros 20, lo que representa en nuestros días una amplia inundación ante el Cairo. No existe, pues, modificación en el régimen del río desde hace dos mil años.

Los ribereños esperaban con extrema ansiedad la aparición de aquella crecida fecundante de las aguas, de que dependía su existencia. ¡Con qué placer se veía la aparición del pequeño cocodrilo ó sack, precursor divinizado que venía con la primera onda de inundación! Seguíanse después con atenta solicitud cada uno de los fenómenos sucesivos de la crecida: primeramente la aparición de las aguas «verdes», producidas por los restos de vegetación corrompida de los pantanos del Nilo Blanco; después la llegada de las aguas «rojas», debidas á las arcillas arrastradas por los torrentes de Etiopía, reuniéndose en el Nilo Azul y en el Atbára, y cuando el nivel de la corriente fluvial toca á la altura de los diques, llega el momento solemne: se levantan las compuertas, ó por mejor decir, se derriban los muros de tierra que impedían la entrada del agua fan-

<sup>1</sup> Richard Lepsius, *Briefe aus Aegypten*.

gosa en los canales de riego. «¡Salud, oh Nilo, tú que vienes á dar la vida á Egipto!» exclamaban los sacerdotes, y la multitud aplaudía con frenesí. Un testigo de tierra dejado en medio del canal no tarda en ser derruído por las aguas, que le acometen fuertemente: es la «novia» del río, dice el simbolismo popular, que imagina que todo beneficio de los dioses debe ser compensado por un sacrificio. También se echa una muñeca en la corriente, quizá en recuerdo de una verdadera víctima que se ofrecía en otro tiempo á la divinidad del Nilo para comprar su favor.

Por lejos que se remonte la historia en el pasado del valle nilótico, se halla en él una misma práctica agrícola en perfecta armonía con el régimen de las aguas fluviales. Los ingenieros de la época se aprovechaban de una circunstancia favorable; el Nilo, durante el curso de las edades, ha levantado poco á poco con su légamo las



CHADUF

superficies sobre que se extiende en tiempo de crecidas, y existe en general una ligera pendiente del suelo desde el pie de las colinas hasta la orilla del río. Apoyándose sobre su derecha el Nilo, sobre la orilla occidental se observa esta inclinación de la llanura, y un canal de desagüe acompaña al río en una longitud de más de quinientos kilómetros. Cuando las aguas estaban bajas se practicaba el riego artificial elevando el agua sobre los ribazos, valiéndose de vasijas ó